



LA CATEDRAL DE BURGOS

La ondulante planicie castellana queda rota a los ojos del viajero por el prodigioso conjunto de la catedral burgalesa. Sus altas torres, sus bellísimas agujas, su deslumbrante magnificencia exterior por el alarde arquitectónico y escultórico de sus fachadas y puertas, deslumbran a los más exigentes visitantes.

La primera piedra de esta magnífica catedral, la mejor del mundo en su estilo, fué colocada por Fernando III el Santo en el año 1221, sobre el solar de otra iglesia fundada por Alfonso VI.

Bajo el crucero reposan entre otros de justo y grato renombre, los restos del Cid y de su esposa Doña Jimena. La grandiosidad del interior del templo está, de este modo, justificada: Sólo el Cid, la figura señera de Castilla, podía rivalizar con éxito con esta maravilla de la mano del hombre.